

Palabras de Juan Wesley

¿Y qué crees tú que es la santidad?

Es tener pureza de corazón y de vida.

Es compartir el mismo sentir que hubo también en Cristo, para poder así andar como él anduvo.

Es amar a Dios con todo nuestro corazón, y a nuestro prójimo, a cada persona, como a nosotros mismos; es hacer con los demás, en todo momento, las cosas que quisiéramos que los demás hagan con nosotros.

La condición mínima de la santidad es hacer el bien a todas las personas, y no practicar el mal por palabra ni por acción. (Juan Wesley, La vida cristiana)

El evangelio no reconoce ninguna religión que no sea social, ninguna otra santidad que no sea la santidad social. (refiriéndose a lo que le parece ser la religión privada e individual de los místicos)

...cristianismo es esencialmente una religión social, y que tratar de hacerlo una religión solitaria es en verdad destruirlo.

Por cristianismo quiero decir ese método de adorar a Dios que Jesucristo reveló a la humanidad.

Cuando digo que ésta es esencialmente una religión social, quiero decir que no sólo no puede subsistir sino que de ninguna manera puede existir sin la sociedad, sin vivir y mezclarse con los seres humanos. (Juan Wesley, sermón 24)

La misión de la iglesia: dinámica y desafío

Daniel Bruno

En torno al término

La palabra “misión” entendida como la tarea cotidiana que le compete a la iglesia, es de uso reciente. Agustín y Tomás de Aquino usaron el término *Missio Dei* para referirse a la acción de Dios en el mundo pero sin vincularlo con la tarea de la iglesia. Durante muchos años de la historia el término estuvo reservado para significar la acción de la iglesia en otras latitudes, para describir la evangelización en tierras no cristianas... “la misión entre los esclavos” por ejemplo... La tarea misionera de la iglesia era vista como una extensión territorial de una iglesia con un “centro” y la misión como una “avanzada” para ganar nuevos adeptos y regiones “cristianizadas”. La palabra proviene del latín y significa “acción de encargar una tarea”. En realidad esta concepción del término nació en tiempos de la expansión de la idea de “cristiandad” en Europa, cuando la iglesia reemplazó al Imperio Romano en su tarea de “civilizar” y “cristianizar” las tierras paganas. El término que tomó la iglesia para sí, poseía una clara connotación militar, los soldados romanos, la mayoría de ellos esclavos, eran marcados en su piel con la frase *Missio Militaris* (en misión militar) para garantizar su libertad.

Es claro que en el Nuevo Testamento no encontramos la palabra “misión” ni una sola vez para referirse a la tarea de la iglesia (porque aún no existía como expresión), en cambio sí encontramos 191 veces la palabra “testimonio” en cuanto la vivencia y accionar fiel de una persona, y la fórmula “anunciar las buenas nuevas” (evangelizar) para la acción colectiva de los apóstoles y la iglesia en general, aunque también fue usada por el ángel en la anunciación Lc 2, 10, el ángel les “trae buenas noticias (evangelizar) de gran gozo”. Literalmente dice: “los evangelizo con una alegría que será para todo el pueblo”. También el concepto de “discipulado”, la acción de ser “discípulo” (que aparece 261 veces en el Nuevo Testamento) lleva implícita la idea no solo de ser “alumnos o aprendiz” sino “seguidores fieles” ver Mateo 16, 24.

El término más cercano en su sentido a la palabra “misión” que usa el Nuevo Testamento es “Envío o enviado” (apostello- apóstol). (Mateo 10,16).

De manera que en el NT los términos “testimonio”, “anunciar Buenas Noticias” como “apostolado”, llevan el sentido que hoy le damos a la palabra “misión”.

Durante el siglo xix el protestantismo continuó usando el término “misión”,

desconectado de la tarea de las iglesias en sus lugares de origen, lo siguió usando como expresión de una acción especial de expansión misionera (acompañada muchas veces también, hay que decirlo, de expediciones militares coloniales) para llegar a regiones donde el evangelio no era conocido, estableciendo allí una “misión”.

Todo esto revelaba una manera de mirar el accionar de la iglesia como escindido entre su accionar en tierras lejanas (misión) y su tarea inmediata local (testimonio) o (trabajo de evangelización).

A lo largo del siglo XX, por variados motivos que no podemos profundizar, estos términos comenzarán a fusionarse y ambos se complementarán. Así, el “testimonio” de la iglesia, será su “misión”, con la connotación que hoy conocemos, dándole de esta manera un nuevo giro y ampliando los horizontes de lo que se entendía como “testimonio” o “trabajo de evangelización”. Así, aquella connotación de “salir” que tenía el concepto de misión, será aplicada ahora ya no solo para “salir hacia tierras lejanas”, sino, salir de los templos, salir de pastores de mantenimiento, para ser misioneros en los propios lugares donde las iglesias se encuentran.

De esta manera, la misión de la iglesia se comprende como la acción que Dios encarga a la iglesia de proclamar las Buenas Nuevas de Jesucristo como tarea cotidiana.

Pero los sentidos anteriores y presentes en el Nuevo Testamento no deben olvidarse, por el contrario siguen presentes y le dan carnadura a lo que entendemos por misión. Podemos decir que la palabra “misión” es el “transporte”, el continente de variados sentidos del accionar de la iglesia, que es su contenido. De esta manera, la acción reúne en sí misma la idea de “testimonio”, de “anuncio de buenas nuevas”, de “discipulado” y también de “apostolado”. Al considerarlas por separado, estas acciones parecen no presentar tanto problema a la hora de definir las. Sin embargo en el momento de ser reunidas en la idea global de “misión”, la pregunta que surgió fue, entonces ¿cuál es exactamente esta acción que la iglesia está llamada a realizar en nombre de Dios? ¿Cuál es este encargo?

Hoy en día el concepto de “misión de la iglesia” es desafiantemente amplio y demanda a su vez de la iglesia una actitud militante y un espíritu creativo. Además al ser un concepto genérico, debe necesariamente ser deconstruido para que pueda volver a traslucir sus sentidos implícitos.

Las cuatro “columnas” de la misión

Dijimos antes que en el Nuevo Testamento no se usa el término “Misión” ni una sola vez. Sin embargo, esto no significa que no se habla de la misión de la iglesia tal como hoy entendemos este término. El punto es que allí aparece “la

Llegamos así a la conclusión que lo que hoy entendemos por misión de la iglesia posee un carácter dinámico y dialéctico que dimensiona lo comunitario y el trabajo de campo, el discipulado y el testimonio, lo pastoral con lo profético. Es una espiral que se retroalimenta. Pero esta es una afirmación crítica, ya que en su misma enunciación se presenta simultáneamente un peligro y una oportunidad.

Veamos. Cuando a veces algunos, apresuradamente dicen, “la misión de la iglesia es evangelizar”. Es una manera simple de mirar algo un poco más complejo. El problema es que, al afirmar esto, de esta manera no dinámica, no dialéctica, estamos también distorsionando los posibles necesarios ajustes que la misión requiera. Si la misión es tan sencilla como “salir a evangelizar” y la cosa no funciona, debe ser un problema de técnicas de captación, o de llegada en la comunicación o, para salir airoso, deberá ser un problema de los otros, que no quieren escuchar el mensaje. La respuesta es sencilla, aunque casi siempre equivocada.

En cambio, cuando vemos la misión como un movimiento espiralado entre lo que vivimos como comunidad, lo que aprendemos, lo que anunciamos, denunciamos y servimos. Cuando descubrimos que es una espiral que se retroalimenta, descubrimos a la vez que cualquiera de estos ejes en movimiento que funcione mal, hará que todo el circuito comience a tambalear al punto que, muchas veces, el movimiento que en un momento retroalimentaba, ahora ya no lo hace, o peor aún, se transforma en un círculo ya no virtuoso sino vicioso, que va enviando todo el circuito. Acá las respuestas no son tan sencillas, ni rápidas. Porque la falla puede estar en cualquiera de los varios ejes que dan movimiento a la misión. Pero también en la búsqueda de la falla estará la oportunidad para descubrir muchas cosas de nosotros, de nuestras iglesias, de nuestros prejuicios.

Preguntarnos por la misión nos llevará a preguntarnos por nuestra forma de ser cristianos, nuestras prioridades, el balance que le damos a las cuatro columnas, y así, de esta manera, la búsqueda misma será la oportunidad para el crecimiento y la renovación.

Septiembre 2014

la enseñanza Hechos 18, 11. Cuando la iglesia creció y la labor se multiplicaba, las tareas y ministerios se fueron especializando, y así surgieron los maestros con su tarea específica de enseñanza, como lo atestigua Efesios 4, 11. La enseñanza era una tarea central para la iglesia primitiva, instruirse unos a otros era parte constitutiva de la misión, ver Colosenses 3, 16. Tan central ha sido esta acción de la iglesia que uno de los escritos que más ha influenciado en los padres apostólicos de fines del siglo I y principios del II, fue la Didascalia apostolorum, (La enseñanza de los apóstoles) comúnmente conocida como la Didaké. Era un escrito que a pesar de no haber entrado al Canon del Nuevo Testamento transmitió a las primeras generaciones de cristianos los aspectos básicos en lo referente a la rectitud de vida, a la instrucción sobre los sacramentos y a la organización de la iglesia. En definitiva las bases para su misión.

La doble dimensión dinámica de la misión

Una vez aclarado el significado del nombre de nuestras cuatro columnas. Podemos empezar a jugar con ellas y ver de qué manera se relacionan. Descubriremos así que hay dos de ellas cuya tarea está enfocada más hacia “el afuera” y dos hacia el interior de la comunidad cristiana.

El Kéryma con su doble dimensión de anuncio y denuncia y la Diaconía con su inicial sentido de servir la mesa, pero por extensión indicando un servicio a la sociedad toda, ambas enfocan su horizonte de acción sobre la amplia parroquia del mundo. A través de estas acciones el cristiano da a conocer su fe (es testigo) y las exigencias que esta fe conlleva en cuanto al cuidado de la vida, la búsqueda de justicia, el respeto a los diferentes, en fin es una fe en un hombre/mujer nuevos, que es al mismo tiempo invitación a otros a compartirla.

Koinonía y Didaké son acciones para la edificación de la comunidad cristiana. La comunión y la capacitación son las bases necesarias para el crecimiento de comunidades sanas, inclusivas, solidarias, receptoras y pastorales. A través de estas acciones el cristiano demuestra su compromiso con Jesucristo y la comunidad (es discípulo). Pero la tarea de edificación de la comunidad, no es un fin en sí mismo, es parte basal para la construcción de un testimonio más eficaz más allá de las fronteras de la iglesia.

En este sentido podemos decir que la Koinonía y la Didaké son partes necesarias, imprescindibles para desarrollar el Kérygma y la Diaconía. Pero estos a su vez, son fuente de renovación, desafío y crecimiento para la tarea hacia el interior de la comunidad. Es un círculo virtuoso en el cual siendo buenos discípulos, podremos llegar a ser fieles testigos. Y la fidelidad en el testimonio, a su vez, redundará en un mayor y mejor discipulado, el cual a su vez disparará nuevos desafíos para el testimonio. Ver Hechos 2, 43-47

misión de la iglesia” pero desagregada en distintas y variadas acciones que van armando un mapa de ruta para la tarea de la iglesia.

En la vida cotidiana de la iglesia primitiva pueden detectarse cuatro acciones que permiten trazar el contorno básico e indispensable de la tarea de la iglesia, son las columnas que sostienen la misión.



¿Qué significan estas extrañas palabras en griego?

KERYGMA DIAKONIA KOINONÍA DIDAKÉ

Como dijimos, son los cuatro pilares que sostienen la misión de la Iglesia.

KÉRYGMA:

Es el contenido del anuncio proclamado por un heraldo (Kéryx). El Kerygma es el mensaje en sí y a la vez la acción de proclamarlo.

En 1 Cor 15,14-15, el contenido distintivo del kérygma es la resurrección de Cristo Jesús, pues si Cristo no ha resucitado ningún mensaje cristiano ni ninguna adhesión de fe tienen sentido. El kérygma tiene por objeto suscitar la adhesión a Jesús en cuanto Mesías y Salvador entre los no creyentes, su contenido debe ser aquel núcleo básico de la fe cristiana sin la cual es imposible dicha adhesión. Pero este núcleo tendrá énfasis diversos según el contexto en que se anuncia.

Se emplea 8 veces en el NT (Mt 12,41; Lc 11,32; Rm 16,25; 1 Cor 1,21; 2,4; 15,14; 2 Tim 4,17; Tit 1,3). En Romanos 16,25, el kérygma es Cristo Jesús mis-

mo en cuanto Mesías muerto y resucitado para salvación de todos y en cuanto promesa cumplida por el Padre y anunciada por los profetas del AT (ver Mt 12,41 y Lc 11,32). Estos últimos versículos arrojan luz sobre un aspecto muy importante del Kerygma, este conlleva dos caras de una misma moneda, es anuncio, pero al mismo tiempo es denuncia. El anuncio del Reino, es también denuncia de aquellas situaciones que lo niegan. Jonás anunciando la Palabra de Dios, denunció la situación de Nínive. En este sentido Jesús se autoreconoce como heredero de los profetas del AT, cuyo anuncio de salvación para el pueblo, era al mismo tiempo palabra de denuncia para los poderosos. Ver Lucas 4, 16-21 y Lucas 1, 53-54.

Por este motivo la palabra “predicación” tal vez no sea la mejor para hablar del kerygma, pues el término “predicación” se asocia a algo interno de la iglesia. En cambio, el kerygma es principalmente una acción que la iglesia produce fuera de sus paredes, acción de anuncio del Reino de Dios y su justicia y de denuncia de todo poder que pretenda impedirlo. Dos dimensiones inseparables del kerygma cristiano.

DIAKONÍA:

La diakonía está íntimamente relacionada al concepto del servicio. El término del griego literalmente se traduce por "servir a la mesa". Por su parte, la cultura judía, que había adoptado la misma noción, cuando vino Jesús consideraba la diakonía como servicio doméstico, semejante a quienes servían en las bodas de Caná ver Juan 2:5.

En Hechos 6, 1- 7, se eligen siete diáconos para atender las necesidades de las viudas, mientras los apóstoles realizaban sus tareas específicas. Esta acotación pareciera imprimirle a la diaconía un rol supletorio y secundario a la tarea principal (la de los apóstoles) sin embargo no es así. En la práctica de la primera comunidad cristiana, la diakonía va más allá que el simple servicio a las mesas de la ración diaria para satisfacer las necesidades de las viudas. Diakonía es el servicio social de un cristiano a los demás:

Los apóstoles de Jesús y sus discípulos muy pronto aprendieron el significado diakonal de su Maestro. Jesús usó la diakonía para enfocar su propuesta de servicio hacia los demás.

Jesús se presentó como servidor, es decir como diácono ante los demás (Mateo 20:28). Jesús además de incluir el concepto de diakonía en toda su labor ministerial, él mismo aceptó la diakonía en su vida, para cumplir su misión (Lucas 22:27). Y especialmente en

Lucas 4:18ss. El lavado de pies también es una muestra clara del carácter diakonal que Jesús quiere darle a su misión ver Juan 13:15-17.

La Iglesia en su identidad diakonal, debe promover, coordinar y orientar la tarea social, en su sentido de distribución equitativa de los bienes de este mundo.

Jesús hizo una opción por los pobres, los pequeños, los últimos, por lo que la iglesia deber hacer lo mismo. Jesús escuchó los gemidos de los excluidos, apartados, anulados, explotados, silenciados, lo mismo debe hacer la Iglesia, buscando promover el cambio social, tanto en las estructuras de la sociedad, como en la transformación del corazón de cada ser humano.

KOINONÍA

La palabra Koinos, tiene una acepción muy sugerente, significa “comer el pan en común” es compartir el pan. Es la palabra usada en Hechos 2, 42ss y 4,32ss refiriéndose a las características más sobresalientes de la vida en común de los primeros cristianos. Una de las declaraciones más notables de Hechos es: “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión (koinonia) unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones”. La “comunión” que expresa la palabra koinonía va más allá de la idea de “estar juntos y pasarla bien”, es más profunda porque no es un logro de la voluntad de los hombres y mujeres, sino un don de Dios. Porque estamos en comunión con Dios, también podemos estarlo con nuestros hermanos ver 1 Juan 1,3. La vida recta de los cristianos no se buscaba, como en el caso de los estoicos, a través de la perfección individual. La ética del cristiano, por el contrario, era una ética comunitaria iluminada por la luz de Cristo, ver 1 Juan 1, 6-7. La vida nueva que Cristo trajo, armó una comunidad que supo expresarla nunca de forma individual, sino comunitaria. Ser cristiano era vivir en comunión unos con otros, alegrarse de las alegrías y sufrir las tristezas. Esto fue aún más significativo en los duros años de las persecuciones, cuando el don de la comunión ayudó a los testigos-mártires a sobrellevar los sufrimientos sostenidos por el amor de la comunidad. Parece ser que esta práctica fue tan desafiante y ejemplar para una sociedad como la romana, basada en el individualismo y la sujeción al poder, que una de las “infamias” con las que acusaban a los cristianos es que “Se reconocen por señales y marcas ocultas y se aman entre ellos, por así decir, antes de conocerse.” Tales las palabras de Cornelio Frontón, famoso orador romano en su “Invectiva contra los cristianos”. Qué honor ser acusados por este proceder!!

DIDAKÉ

La palabra didaké, (nosotros la conocemos por la palabra didáctica utilizada en nuestros días) es la acción del didáskalos que significa, maestro, preceptor, guía. El didáskalos era uno de los tres ministerios que sostenían a la iglesia primitiva: apóstoles, maestros (didáskalos) y profetas. Eran los encargados de instruir en la doctrina a los catecúmenos que iban a ser bautizados. Así, la palabra didaké significa enseñanza. En un principio los propios apóstoles realizaban la tarea ver Hechos 5, 21; 25; 42. “No dejaban de enseñar” y una de las tareas de Pablo era también